

LADISLAO GRYCH

LA SEMILLA DEL REINO ⁽³²⁾

Nace por las Fiestas de Navidad, para seguir creciendo.
Y hay tantas cosas para decir, cuando pienso en Jesús que crece en medio
de las vidas.
Entonces, ¿cómo se transforman, y a dónde Él las lleva?

PREFACIO

Mientras escribo las reflexiones, mi espíritu sigue flotando en medio de las tierras que, de algún modo, me pertenecen por mi tarea pastoral y por mi misión; mi corazón se une a la tierra, a la gente que vive aquí; quiere estar con lo que es la vida en toda su dimensión.

No se debería tomar la vida como por partes separadas; es una: la del hombre y la de la tierra se unen en un movimiento que viene del Señor; si la dividimos, aún se torna extraña, se empobrece y se pone solitaria.

En fin, es una sola vida en medio del crecimiento; la quisiese ver a cada instante y también, ver a mi espíritu en medio de la transformación; y que el Señor bendiga el paso de una vida que sigue renaciendo.

Cerro Convento, 28 de dic. de 1994

1. EL SEMBRADOR SALIÓ A SEMBRAR

a. ¿CÓMO ASUME A LA SEMILLA?

¡Mi tierra bendita!; ¡siempre estás bendecida!
Pero el hombre ha hecho de ti, lo que él quiere; y aún te usa
por sus intereses ajenos a tus principios.
¿El hombre sabe que sus intereses son injustos?
¿Quién se lo puede explicar, si se encierra en si mismo?

Si Jesús está en la tierra, siembra los verdaderos principios y
entra en la vida del mundo como la Semilla que cae en él.
¡Y cuánta transformación nace en el encuentro!; no sabemos
ver cuántos cambios vienen del encuentro tan misterioso con
la tierra y con el hombre; y Jesús viene por la transformación
que supera plenamente la realidad.

La tierra asume a la semilla como puede, mientras el hombre
la recibe como sabe hacerlo; la tierra suele estar fría, como si
fuese indiferente, oscura; como si le diese lo mismo recibir la
semilla o no recibirla; es casi inconsciente del encuentro.
La semilla cae y la tierra la siente como si fuese por un golpe
extraño; el mundo y el hombre aún no saben asumirla de otra
manera.

Me hago esta reflexión para entender la entrada de Jesús en
el mundo; se me hace más comprensible la indiferencia de la
tierra; pero el hombre parece aún más inconsciente de lo que
ocurre; todo se aclara, al tener la conciencia de las distancias,
pues el mundo y el hombre están muy lejos del Señor; no
obstante, aún le pertenecen.

Cuando la vida se va lejos del Señor, se pone indiferente; y si
se torna autosuficiente, lo logra por un tiempo, pero no sería
para siempre; la vida se encierra en medio de su visión; sería

la visión del ser humano que, al quedarse con lo suyo, llega a cualquier cosa que considera como vida; y va a luchar por su realidad, sin ver el sentido de otras vivencias.

Así, sigue el hombre creando su realidad; y se va llenando de una vida proyectada por él, ahogándose en su propio mundo; es también, el mundo que lo recibe con su primer respiro, la tierra que lo acoge; y el hombre sigue corriendo en el camino que ni siquiera sabe a dónde lo lleva.

Si llega a ciertas vivencias que son tristes, llama al Señor; no obstante, le pide a que venga para salvar sus proyectos; aún tiene su modo de ver la salvación que le vendría del Señor, para poder salvar la realidad que vive.

El hombre, si bien, clama al Señor para que venga a salvarlo, en fin, no sabe lo que quiere; el Señor vendría, al escuchar su reclamo, pero no por lo que le pide el hombre, pues el mismo parece un niño que sabe de su necesidad, pero la solución le viene de los padres y no como el niño la espera; aún, el niño se enoja, se encapricha y, a veces, no acepta esa gracia que le viene de sus padres.

La tierra y el corazón del hombre están fríos, mientras cae la buena semilla; y pensar que asumieron tantas otras semillas, aún de buen modo, que crecen como yuyos en un campo que parece como abandonado; y les dieron su acogida, aún les dedicaron su tiempo; y esas semillas encierran su vida, aún, cubriéndola, ocupan los espacios.

Entonces, no hay lugar ni en Belén, ni en cualquier otro lado; tan sólo en algún lugar oscuro que ya no sirve para otra vida, donde no hay luz ni agua, pero aún se halla alguna tierra del hombre que recibe a Jesús; así nace en Belén y en todos los tiempos.

Es ese mundo que recibe a Jesús; pero los hombres dicen que lo reciben; no obstante, están en sus cosas, como de fiesta y por otros motivos; y ellos hablan de Jesús, de su nacimiento, mientras que la tierra está cubierta de otras vidas.

¿Dónde hay algún lugar para Él?; y si aún se llenan de otra realidad, ¿dónde hay un espacio para que Él entre?; tan sólo pregunto a mi corazón inquieto.

Tan sólo pregunto a mi corazón; y recorro preguntando a mis hermanos, si hay algún lugar para Jesús.

Si no lo hay por ningún lado, ¿cómo está el corazón?; ¿y si mi corazón es esa tierra muy pobre, la entregaría para Jesús?; pues, Él comenzaría por mi pobreza.

Sigo buscando el lugar para Jesús; voy golpeando las puertas y los corazones; tengo miedo de las respuestas.

Tantas veces escuché que no; y me duele ver esas caras que son indiferentes; aún me pregunto a mí mismo, si he abierto mi corazón; no sea que me ocupe de los hermanos, que ellos lo acepten a Jesús, y me quedo con el lugar para mí, y no para Él.

Sigo preguntando; la gente dice sus cosas, tiene sus motivos, sus explicaciones y, en fin, lo que le interesa es que Jesús no venga; es lo que resguardan por detrás de las explicaciones que tienen, aún esconden su realidad que les importa.

Y sigo corriendo y preguntando.

Aún sigo corriendo; ¿y por qué el mundo está tan frío e indiferente?; hace dos mil años que nació Jesús; no obstante, el mundo y el hombre no han aprendido de aquel nacimiento.

¿Sería que Él entra de este modo?; ¿sería Él, el último en ser recibido en la tierra?

Y Él dijo que los últimos serían los primeros.

b. SEMBRABA POR TODAS PARTES

El sembrador salió a esparcir las semillas; no fue una hora apropiada para hacerlo; no obstante, sembró por todas partes, casi sin calcular; y aún tuvo tanta cantidad de semillas que le alcanzaban para toda la tierra, tantas veces cuantas quería.

Fue incansable el sembrador que esparcía las semillas. Algunas caían en el camino; aún se las llevaban los pájaros; como no podían crecer como Él quería, también servían para los pájaros; de ese modo, hallaban su destino; estarían por la transformación de la vida de los animales; es porque ellos también deben renacer en la tierra nueva.

Caen las semillas del Señor, por todas partes; y no todas las semillas se van a quedar en la tierra, ni pueden protegerse contra hombre ni los animales, ni los pájaros.

Ellos las habían descubierto muy temprano; entonces, las van a usar quizás no así, como las proyectó el sembrador; no obstante, en ese modo de actuar del hombre y del mundo, también está la obra del Señor, pues reciben las semillas de los cielos, que les permiten entrar en la transformación que viene del Padre.

Algunas, que habían caído en medio del camino, igual se van a salvar; no sé cómo, pero se van a salvar; no las tocarán ni el hombre ni los pájaros; no las encontrarán, se las pasarán de largo, pisándolas.

Ellas comenzarán a brotar en esa tierra insegura para ellas; no sé hasta qué punto llegarán en su crecimiento; pero igual, estarán por la transformación de la tierra del camino.

La vida del Señor busca su lugar de nacimiento hasta en las condiciones muy precarias y hostiles; es como si el Señor no calculase los riesgos ni malos tiempos, ni adversidades; sigue actuando contra la lógica del mundo.

El sembrador iba desviándose del camino, como si buscara un lugar más tranquilo; pero halló las tierras con poca vida, casi desnudas; tan sólo el sol estaba fuerte, reflejándose en las piedras que jugaban con él.
En esta tierra también sembró, y la tierra iba cubriéndose con las semillas dispuestas a vivir su nueva vida.

El sol giraba alrededor, despertando las semillas; y ellas, casi escondiéndose, se iban pegando a la tierra pedregosa.
¿Por dónde aferrarse si es pura piedra?; no obstante, es el destino de las semillas, es crecer en medio de esas tierras; es prender con sus raíces en medio de las tierras de piedra.
El sol apura y la tierra se pone más dura aún; hay que crecer por donde el sembrador había esparcido las semillas; es la lucha por la vida que surge espontáneamente, pero viene del Señor.

No ha pasado mucho tiempo, y las semillas están por brotar; ya aprovechan el rocío de las noches, mientras el sol de las mañanas las apura; así nacen, crecen y asombran a los que saben ver; en un lugar donde queda poca vida, empiezan a crecer y son una nueva esperanza.
Pero, ¿seguirán creciendo, si el sol es tan fuerte, mientras no hay agua y la tierra es tan pobre?

No sé si crecerán; para el Señor, es posible que crezcan, no obstante, se mueren; la vida apenas despertada, se muere.
El sembrador va esparciendo otras semillas y ellas también, se van a morir; entonces, ¿por qué lo hace?; sin embargo, el sembrador sigue con su tarea, como gastando tanta vida que se vuelve a destruir.
¿Va a sembrar hasta el fin?; ¿quién lo sabrá?

Luego de esparcir las primeras semillas, ya es otra tierra, no

es la de antes; porque se mueren las semillas entregándose por la tierra, para que ella cambie.

Algún día, esta tierra sabrá asumir las vidas para que crezcan hasta dar las nuevas semillas; quizás serán pequeñas, porque la tierra no puede dar más, pero serán distintas la tierra y las vidas.

Algún día, la tierra cambiará su cara; será otra, más apta para recibir agua, y mantenerla en sus entrañas.

El agua no servirá sólo para lavar la tierra ni para destruirla, sino se quedará acompañando al crecimiento de las semillas; entrará en las raíces de las nuevas vidas, desde la tierra más servicial, más dispuesta al crecimiento.

El sembrador esparcía y, al mismo tiempo, miraba muy lejos, como si estuviese sacrificando las semillas que eran buenas; es que necesitaba de ese tiempo y quizás, de esa tierra tan cruel que no sabía aceptar las nuevas vidas.

La tierra fue como la madre que no supo asumir la vida que le venía; de todos modos, intentaba dar a luz a sus criaturas que llegaban del Señor; en fin, quiso ser buena e hizo lo que pudo; no pudo dar más; pero se va preparando para un pleno nacimiento y a ese tiempo, lo va viendo el sembrador.

Al caminar, el sembrador se encontró con una tierra cubierta de vidas; no fueron las que esperaba ni las que precisaba el hombre, y que fuesen la bendición del Señor.

La tierra estaba ahogada; los pastos eran fuertes y robustos; no necesitaban del cuidado del hombre.

Si el sembrador apenas puede pasar, ¿cómo sembrar en esa tierra de una vida tan extraña, la que había esclavizado a la tierra, mientras la misma no puede decir ni una palabra, sino aguanta esas vidas, sirviéndoles con lo que es ella!

¿Por qué siembra en esa tierra?; los hombres creen que no

hay ningún sentido de hacerlo, ni de gastar las semillas, pero el sembrador no les hace caso; Él hace lo suyo, porque vino a sembrar en toda la tierra.

No se le puede decir que no lo haga en esa tierra ahogada, la que no está dispuesta a recibir ni una sola semilla del Señor; El sembrador no hace caso a los hombres, aún siembra aquí.

¿Y qué pasará con las semillas?; es difícil que las encuentren los pájaros; quizás, algunas sí, pero sólo algunas, las demás se quedarán en la oscuridad; a lo mejor, antes de morir, aún intenten luchar por la vida en medio de las raíces de las vidas muy fuertes.

¿Tendrá algún sentido ese crecimiento prematuro en medio de las malezas?; seguramente sí; si no hubiese tenido ningún sentido, el sembrador no las habría esparcido, pues Él tiene algún motivo.

El camino de la transformación es lento; a veces, comienza por las luchas en medio de lo imposible; el Señor entra en la vida tan encerrada en la oscuridad y el ahogo, para iniciar un cambio casi invisible, pues muchos no lo ven ni lo perciben; sin embargo, hasta en estas situaciones, es posible promover el camino de transformaciones que llevará a un buen fin.

Pero, ¿cómo, y cuándo?; es mejor dejar nuestros conceptos en las manos del Señor; y nos quedamos para contemplar la siembra que para nosotros es insensata; no obstante, no lo es.

El sembrador tendría su razón y sabrá por qué lo hace; estaría inspirado por el mismo Señor, entonces, que los hombres no le impidan ni le perturben en su tarea; que le permitan seguir sembrando.

Su bolsa es pesada, mientras camina en medio de los pastos muy altos; por algo, el Señor le hace caminar por esta tierra; ahora, camina lentamente y todo le dice que deba esparcir las semillas; así lo hace; mientras esparce las semillas, el viento

mueve los pastos, aún ayuda a que caigan en la profundidad de la tierra.

Y la tierra, ¿reconoce estas semillas nuevas?; quizás sí, hasta les presta su atención, se pone distinta frente a ellas, hasta les quiere brindar su ayuda de madre; pero, ¿qué puede hacer ella, pobre tierra?; pues, verá dar a luz a algunas de ellas, que pronto morirán; y ella, llorará en su oscuridad.

Qué triste es ver a la tierra que llora, por no poder dar la vida que soñase; y aún está envuelta con las vidas que no quiere.

Quizás, ésta sería la imagen de las vidas humanas en la tierra del Señor, porque ni siquiera saben que caminan por la tierra bendecida; es donde, algún día, Jesús inicia el camino de un cambio que sería verdadero; pero al empezarlo, no siempre destruye lo que el hombre vive, y lo que lo encierra y ahoga; entonces, aún siembra en medio de esas vidas y de ese modo, puede iniciar lo nuevo, aún esperado, no obstante, casi irreal; es que Jesús comienza a sembrar contra todas las esperanzas.

La esperanza está en Jesús que sigue sembrando.

Pero, ¿qué camino espera a las nuevas semillas, qué tiempo y cuántas adversidades, hasta que la vida cambie su imagen?; y Jesús viene por el cambio, y tan sólo pide que el hombre le deje ese espacio limitado, casi ninguno; quizás sería aún más pequeño de lo que nos imaginamos, como en aquel tiempo, cuando Él había comenzado en nosotros.

Mientras escribo estas reflexiones, voy meditando la obra de Jesús en el mundo; sospecho que su obra es muy grande, sin embargo, ciertos espacios de la vida del hombre y del mundo están encerrados aún más que en aquel tiempo, cuando Él había venido, en aquella hora de Belén; pero su obra tendrá su claridad; quizás, en nuestros tiempos, hallará su verdadero sentido, para que el Señor siembre en esas tierras adversas,

aún entregadas para las vivencias del mundo perdido.

El sembrador sigue esparciendo en esas tierras.

Las tierras parecen entregadas a otras vidas que parecen aún más fuertes; no obstante, Él sigue sembrando y será hasta que sus semillas den una nueva vida definitivamente.

¿Darán la verdadera vida?; sí, cuando debe darse.

El sembrador lleva el mensaje del Padre de los cielos; ya no puede dejar de sembrar hasta que no nazcan ni den frutos sus semillas; por eso, sigue esparciendo hasta el fin.

2. EL OASIS DEL MUNDO ENTERO

a. HACIA EL DESIERTO

Hablamos del desierto, tan privilegiado en la obra del Señor; aún pensamos en los oasis como tesoros escondidos, pues si los mismos no existiesen, la vida sería casi imposible; es que no hallaría defensas en el tiempo de la extrema necesidad. El oasis es la gracia más grande en el desierto, pero antes, el Señor ilumina nuestros pasos hacia el oasis más próximo, nos da fuerzas para llegar allí.

El desierto nos despierta una imagen poco deseable. ¿Quién quisiese vivir allí, por tan sólo vivir?; ¿y qué sentido tendría esta vida para siempre?; si el Señor nos hace pasar por el desierto, es porque de esta manera, la vida se moldea en medio de una realidad adversa a nuestros modos de vivir; no obstante, es donde aprendemos a enfrentar la adversidad, y aún nos fortalecemos para volver distintos al mundo.

En medio de las necesidades que suele sufrir el hombre en el desierto, resurgen más aún, la sed y el hambre del Señor. La vida en las circunstancias tan precarias, mientras lucha por sobrevivir, a la vez, resuelve sus necesidades urgentes del agua, del pan y del Señor; eso nos dicen los que habían pasado por esas experiencias. En realidad, sería muy difícil sostenernos, si perdiésemos la búsqueda del Señor, en el tiempo de la desesperación por la vida que está en peligro.

Los profetas se preparan lejos de una vida agitada, luego de vivirla con cierta tensión; de este modo, aún la comprenden mejor, ven la necesidad del Señor, de su Presencia en medio de la realidad humana. El hombre que vive en el mundo, puede aferrarse a las cosas,

confundirse con ellas, e ilusionarse, pero no en el desierto; y si la vida en el mundo está en peligro, no es del mismo modo como en el desierto.

Quiero mencionar a los que se retiran de los grandes centros; una vez, con cierta rebeldía, como llevados por el impulso de aquellos que se habían ido, en el tiempo de los cambios que nos agitan; otras veces, sería por la necesidad, por la familia, el trabajo, y otras cosas.

¡Cómo sufren el cambio, cómo les cuesta dejar su realidad!; no quiero decir que lo que abandonan, es sólo malo o bueno, pero muchas cosas nos perturban, nos cuesta dejarlas; como si nos llenasen por dentro y por hoy, nos dejan un vacío que nos asusta.

Y pensar que son muchos que viven aturridos y confundidos en medio de una sociedad donde aún rigen las debilidades que nos destrozan; son las fuerzas que actúan muy hondo, de modo que el hombre se les entrega y se enceguece; y sigue viviendo y aún lucha en medio de su amargura asumida; ese mundo nos ha transformado tanto, que no sabemos a dónde podemos llegar.

¿Cómo ver el mundo aún sin mirarlo de cerca, al vivir la distancia y el tiempo del aislamiento?; ¿y qué significa el tiempo de las distancias?; no es tan sólo separarse de la vida, sino más bien, es un modo de vivirla de lejos, ya con otro espíritu, a pesar de los días difíciles, conflictivos, dolorosos; pero es el modo para vivir y comprender mejor, la vida y el mundo.

Aún aquellos que huían, o se iban por otras cosas, para poder quedarse lejos del pasado que lo habían vivido apenados, en algún momento de estar lejos de la vida y del pasado, van a encontrar el sentido de lo suyo, la paz y la comprensión que

necesitan; pero eso viene después del tiempo de cuestionarse, de sufrir pareciese sin sentido, de pasar por nuevas realidades que también traen el dolor, la pena y las culpas.

La vida suele quietarse, al hallar al Señor en sí misma, en medio de la realidad plena de dolor, de confusión, de errores y cuestionamientos; y es cierto que como se había retirado urgida, hasta forzada, no tuvo paz; entonces, llegó a nuevos errores y guerras, a las confusiones y ansiedades; y como no fue una vida de paz, al contrario, generó otras guerras, todo parecía venir sin saber de dónde ni por qué; pues, al estar como en un pozo, todo parecía oscuro.

¿Y por cuánto tiempo el hombre puede vivir de este modo, casi hundiéndose?; no lo sé, pero aún le podría llegar la salvación, si halla al Señor cuanto antes, y desde Él, empieza a comprender su vida, a retomar la noción de lo que le había pasado; entonces, comienza a ver sus pasos equivocados y perdidos, no para seguir juzgándose, sino para calmarse aún en medio de sus confusiones; así, inicia un nuevo tiempo, muy grande para el hombre.

Hasta que la vida se quiete, tarda su tiempo bastante largo, porque debe recorrer con Jesús muchos pasos largos en los caminos perdidos, para rever su realidad, con otra mirada; y es tan difícil comenzar a mirar la vida de un modo diferente, ante todo, con la luz del Señor; pero algún día, empezamos a hacerlo, promovidos por su gracia.

El tiempo del desierto en la vida, tan común en nuestros días, mientras hay tantos que se ven perdidos, abandonados, solos, puede ser justamente, una oportunidad para hallar al Señor y aún, que la vida encuentre su nuevo sentido.

Y pensar que antes, alguien nos habló de un nuevo sentido, pero no nos llegaba su palabra, ni al oído ni al corazón; no

obstante, como fue fuerte, nos resonaba para hacerse clara cuando llegase su tiempo.

Hay muchos que pasan por el desierto; y hay quienes se quedan casi sin vida ni ganas de luchar; y es como si no les interesase vivir ni luchar en medio de un mundo que les confunde.

¿Cómo ayudarles para que se encuentren con Jesús?; ¿cómo hacerles ver que el camino es largo?; porque aún en esos desiertos, hay presentimientos, oasis que se intuyen de lejos, pues el Señor quiere salvar a las vidas.

Es cierto que el camino es largo; a las cosas hay que pasarlas, a las luchas hay que vivirlas; y los que las superan, tienen más fuerzas frente a los hermanos que viven sus desiertos; de las vivencias se abren los caminos para los que nos esperan; de este modo, podemos ayudar a los hermanos; pero antes, debemos pasar por el desierto y vencerlo de verdad.

b. LA TIERRA PURA DEL SEÑOR

Y la Virgen María, ¿quién es Ella frente al mundo, en el Gran Proyecto del Señor?

Ella, Virgen pura, fue sembrada en tierra pura, antes de que naciese su Hijo que venía de los cielos; pues, el Hijo debió encontrarla, al iniciar su Vida en el mundo; así lo comprende su Padre y por eso, el Ángel viene a Ella.

El Señor siguió preparando la tierra para Ella; es como si Él, con sus propias manos, debiese prepararla.

Cuando llega la hora, siembra la semilla de la Virgen para que brote, crezca, madure; luego viene la hora del Anuncio; llega el Ángel con la noticia ya anticipada en su corazón, que el Señor iba preparando desde siempre.

Si todas las vidas están en el Proyecto del Señor, la de Ella es privilegiada de un modo particular.

Y en Ella se fija el Padre; será la Madre de su Hijo.

Entonces, no descuida ningún paso de Ella, en ese camino del crecimiento a la plenitud; y de este modo, su Hijo puede hallarse en el mundo, tomando la Vida del Padre y la de Ella, tan plena de Vida.

Ya está sembrada en tierra buena, alimentada con el Agua del Señor; su vida es muy grande, en medio del mundo que, para Ella, es como un gran desierto.

El Señor ya había anticipado la Venida de su Hijo; ahora, es la hora para el crecimiento de Ella, en medio del Rocío de los cielos; y mientras la tierra sufre por falta de lluvias, la tierra de María está bendecida con el Rocío.

Así crece Ella, mientras su casa es como un oasis del mundo, por ahora, escondido; no todos saben del oasis del Padre que está en el mundo, y por mucho tiempo, no lo sabrán; así el Agua será pura y la tierra no se contaminará; y no la pisarán los hombres ni el mundo.

Esta tierra con el Agua del Señor, es para que crezca una vida delante del Padre; pero todo está envuelto en silencio, como si fuese una cosa cotidiana e insignificante.

¿Quién sabrá de María en aquel tiempo de su niñez?

¿Quién sabrá de Ella que vive en aquel lugar escondido?

Muchos ni siquiera sabían que existía este lugar; sólo lo sabe el Padre y quizás, aquellos espíritus ante el Señor, que están a su servicio.

¿Y sus padres?; a lo mejor presienten algo muy grande, y que el Señor tiene en cuenta su vida sencilla; y a esa grandeza la pueden ver con los ojos del Señor.

A la grandeza en Ella, la pueden ver los que reciben luz del

Señor; es que su vida fue muy sencilla; Ella no tuvo nada extraordinario, sí estuvo plena de gracia; se puede decir que luego de la elección que hizo el Padre, ésta fue su grandeza, pues estuvo plena de la gracia del Señor.

¿Qué quiere decir, para mí: "llena de gracia"?; es como decir que estuvo plena de la Vida del Señor; pues, lo que fue Ella y lo que hacía fue distinto, como una Vida hallada en el mismo Señor; y si es que exteriormente quizás no había diferencias, en su interior vivía un cambio substancial; lo que nacía de Ella, aún se iba transformando por la gracia; pero, ¿quién lo comprendía?

Contemplo el Proyecto del Padre, y sigo entrando en el gran misterio; si Ella está plena de gracia, su vida ya es sólo una expresión de la Vida del Señor y más aún, por lo que es su Hijo que nace de Ella.

¿Cuánta gracia recibe el Hijo del Padre, por Ella, a pesar de que Él está aún más pleno que su Madre?

Estos pensamientos me hunden en los misterios del Señor.

Y cuando llega la hora, viene el Ángel; si le pregunta por si quiere aceptar ser madre del Hijo, ahora, su vida es como si madurase para el Señor; y Ella responde aún por lo que sigue viviendo; no hubiese podido decir otra cosa; si es plenamente libre, tan sólo se abre de su corazón, para decir que sí.

Entonces, en el oasis del Señor, el Padre siembra la Semilla de su Hijo; es la hora sagrada en la historia de la Humanidad, todo el Cielo participa.

c. POR UN GRAN JESÚS

¿Por qué nos cuesta tanto, encontrar el lugar para la Virgen María, en el Proyecto del Señor, por la salvación del mundo y de los hombres?; ¿por qué aún, tenemos la tendencia de

limitarle el espacio, dejándola al margen del gran Proyecto?; ¿qué es lo que nos impide abrirnos hacia Ella, por la misión que le toca desde siempre?; son las preguntas que me hago, buscando el lugar para Ella; pero antes, debo hallar el lugar para la Virgen María, en mi corazón.

A la obra del Señor la solemos mirar desde un aspecto muy humano, aún inconscientes de las limitaciones que llevamos por dentro; la solemos analizar sin poner nuestro corazón, de un modo frío, indiferente; de ese modo, apenas encontramos el lugar para Ella, para que de a luz a su Hijo.

Si bien, el Hijo es grande, Ella se queda lejos, perdida, para algunos, como si no necesitase estar más; menos aún, para entrar en la misión de su Hijo.

El racionalismo limita en muchas partes, la obra de Jesús y de la Virgen; lleva la reflexión por el sendero de un análisis aún ajustado a las limitaciones humanas; si nuestro corazón está enceguecido con lo del mundo, la ceguera se proyecta; y es como si nosotros, desde un lugar limitado, quisiésemos plasmar la obra del Señor; pero si lo hacemos, aún nos cuesta reconocerlo.

Aún debemos recorrer un largo camino, hasta que la vida empiece a proyectarse pura desde la Luz y el Amor, hasta que empecemos a presentir la obra del Señor, como debemos verla y sentirla en nosotros; el camino, desde el racionalismo hacia la plena vivencia del Señor es largo; y mientras tanto, vamos corrigiendo nuestro modo de pensar y de sentir; y en este camino, a la vez, vamos encontrando el lugar para la Virgen María, así como el Señor quiere que lo hallemos.

Lo que se refiere a la salvación, y viene del Señor, está por encima de nuestra capacidad humana; porque Él viene con su Proyecto y el hombre apenas lo comprende; y si lo puede ir

descubriendo, no puede lograr verlo plenamente; entonces, aún debe aceptar el misterio de la salvación que envuelve las vidas.

Aún, me gustaría decir que María no le quita nada a Jesús, al contrario, lo pone en un lugar aún más alto; es cierto que, en la grandeza de la Virgen, Jesús resurge aún más grande ante los hombres y el mundo.

Los que limitan el lugar para Ella, van limitando a Jesús; y lo hacen, porque están encerrados en medio de sus limitaciones y posturas frías, humanamente enceguecidas.

La Imagen de María, la Virgen, va creciendo; a pesar de las tendencias que le limitan el espacio, viene una corriente de gracia que le da el verdadero lugar en la obra de Jesús; y eso ocurre para que Él sea cada vez más grande.

Cuando el mundo aún sigue negando el lugar para la Virgen, Ella renace casi sin saber de dónde, pues, el Señor quiere que renazca en nuestros tiempos.

En Jesús y María se unen el Cielo con la Tierra.

Ella, por la gracia, es el anticipo de la Vida encontrada en el Señor, aún salvada en medio del mundo, antes de que inicie su Misión.

Ella asume la Vida de Jesús de un modo pleno, para que Él crezca plenamente, en este espacio pleno de gracia; y ahora, en la Vida de Jesús se abre hacia el mundo.

Este oasis del Señor se irá expandiendo en el tiempo; y Ella siempre viene, donde está su Hijo.

Si bien, Jesús, el Hijo del Padre, es siempre Él mismo, en el mundo, va penetrando la realidad humana.

Y Ella está en el crecimiento de Jesús, mientras Él llega a la realidad, transformándola con su propia Vida.

Si Ella está por Jesús, Él es como si dependiese de Ella; y de este modo, el Padre promueve el gran movimiento entre el Cielo y la tierra.

El mundo asume a Jesús cada vez más conscientemente; y la Vida de Jesús en el mundo es como si estuviese creciendo; es como si su Nacimiento, su Vida tomase una dimensión cada vez más grande, extendiéndose por todas las vidas.

La Virgen María está como sosteniendo la Vida de Jesús que viene del Padre; es su Madre para siempre, de toda su Vida, en toda su expresión; y quien no la ve en la Misión de Jesús, en algún sentido, quiere ver un árbol sin raíces; y al decirlo así deseo ir despertando los corazones, por lo que es Ella en el Proyecto del Padre.

Agradezco al Señor por su gran obra en mí, por el modo de despertarme a cada instante.

Si mi corazón sigue creciendo por la obra de Jesús, a la vez, se abre hacia Ella, tan presente en la actitud de Jesús, en el mundo que necesita de Él y de Ella.

Aún quisiera agradecerle al Señor, por hacerme ver que Ella crece en el mundo; es que con el correr de los siglos, sigue creciendo aún más.

Quizás, el mundo verá un gran Renacimiento que vendría de Jesús, con la presencia de su Madre, tan grande como jamás la hemos visto, en la Vida de Jesús y en la del mundo; y todo será por la obra del Señor, para su gloria.

Veo como un oasis de la Vida se expande hacia todas partes; es una expansión muy fuerte, nadie puede frenarla; ya está encaminada hacia los pueblos y los hombres.

Cuando llegue a todos los rincones del mundo entero, será un gran día para toda la humanidad, el día de Jesús.

Y Ella estará por siempre en su gloria.

3. SI EL GRANO DE TRIGO NO MUERE

a. A PREPARAR LA TIERRA

Hoy, en el campo, se preocupan mucho por la calidad de las semillas; de este modo, está asegurada la producción.

En muchas partes del mundo la tierra está muy cansada; a la vez, las semillas debilitadas no podrían dar lo esperado, pues vendrían las vidas cada vez más débiles; por eso, el hombre interviene en el desarrollo de las semillas, aún busca cómo mejorarlas, cómo enriquecerlas con nuevas fuerzas.

Existen los centros de investigación, donde tratan de mejorar la calidad de la semilla; así salen a la tierra del mundo las nuevas semillas; diría que son las mismas, pero inclinadas a un crecimiento rápido y con más frutos aún; si interviene el hombre en la naturaleza, no siempre actúa con los mejores principios ni por el bien de todos; a veces, es para su propio enriquecimiento, cuando sigue buscando sus ganancias.

Una buena semilla que se encuentra con tierra buena, y tiene luz y agua suficientes, mientras el hombre la protege, puede esperar un buen desarrollo hasta dar frutos; es que la tierra preparada con anterioridad, se entrega en el crecimiento, aún se libera de las malezas que la desnutrían, como si estuviesen chupando su sangre.

La tierra entra en el nuevo crecimiento, si no está exigida en función de un desarrollo muy forzado; pero el hombre suele abusarse de la tierra, sin preocuparse de ella ni cuidarla.

Son los pensamientos que me vienen; reflexiono sobre la obra del Señor que es completa, abarca a toda la realidad del mundo; a la tierra, al hombre, al mundo entero.

La reflexión aún me permite ver cómo el Señor podría buscar una buena Tierra, antes de sembrar su Semilla en el mundo

que espera la salvación con mucha urgencia.

Los pensamientos nacen en mi corazón, mientras pienso en la Virgen María, esa Tierra Virgen en el mundo desértico; es la Tierra regada desde los Cielos, recibe una nueva Luz; pero necesita mucha atención, antes de que el Padre siembre la Semilla que surge de sus entrañas; es que lo hará bien por la transformación de la Humanidad.

Quien quiere ver esta transformación esperada en los Cielos, no puede detenerse con su pensamiento que nace del corazón limitado en sus vivencias; y para que pudiese ver y sentir de verdad la obra del Señor, debe dejarse llevar por su gracia y aún llegar a dónde Él le permite, en ese vuelo de un espíritu iluminado; el Señor lo lleva a las alturas para ir descubriendo cada vez más, la misteriosa obra de la transformación.

El Señor ilumina mi corazón, en el camino donde voy, para ir asumiendo la Obra en la vida de la Virgen María, cuando la Semilla del Padre ya entra en la Tierra preparada desde siempre; es el Misterio, y si no quisiera verlo ni sentirlo, ni vivirlo, sería como quien quisiese limitar la Obra del Señor; no quiero limitarla, sino ir abriéndome en mi corazón, para que Jesús crezca; el Señor quiere que colaboremos con Él, en la Obra iniciada tan prolijamente en los Cielos.

Mientras mi corazón se abre, la Vida del Señor entra en mí; la Semilla del Padre en medio de la Tierra Virgen, se queda en mi interior.

Al percibir esta vivencia de la Semilla, el Señor me permite ver cómo su Vida se inicia en mi vida; todo es tan grande, tan misterioso.

Aún si mi corazón se abre, es para ayudar a los corazones que son como una tierra que se resiste; es que ellos también

necesitan abrirse a la Vida; aún deben saber que esa vida comienza en una Tierra fértil, y de la Semilla que cae en Ella; lo deben ver, para luchar por una nueva Vida.

b. EL CRECIMIENTO

¿Cómo es con la vida de la semilla?; es la que culmina un ciclo y llega a cierto nivel del descanso; y ahora, le queda esperar hasta que se encuentre con la tierra, y que ella la acoja con el sol y la lluvia.

Si logra las condiciones que precisa para crecer, inicia una nueva vida; y comúnmente, alguien le facilita en ese camino a la tierra.

La tierra le sirve también de sostén; en ella, la vida busca el alimento que la une con el aire.

El sol la lleva hacia arriba; pero en la tierra prenden las raíces; ¡cuánta transformación en la vida de la semilla, antes de que perfore la piel de la tierra, para ver el sol!; y todo se proyecta en su interior tan misterioso, lleno de vida.

¡Cuánta transformación en la vida, antes de que comience a brotar, en medio de ese movimiento entre la tierra, el sol y el agua, mientras la semilla penetra y absorbe, y se abre hacia el sol!; y eso es el principio de la maravillosa vida, tan grande, depositada en cada semilla madura; porque sólo las maduras saben brotar, las otras se mueren ahogadas.

En ese movimiento, veo a tantas semillas: plantas, animales y hombres; van naciendo y van creciendo en medio de una vida que desea madurar.

¿En qué consiste la madurez de la vida?; quizás en eso, que comienza a dar nuevas semillas.

No siempre, las primeras flores dan semillas; pero son como si estuviesen preparándose para ese tiempo tan importante en

su vida, el de los frutos, de las semillas maduras.

Con tan sólo brotar, la vida se abre en el mundo con lo que es, en su servicio cada vez más generoso.

Cuando las semillas maduran, se puede hablar de la madurez de la vida crecida; entonces, empieza la plena vida, dispuesta a realizarse en el tiempo que le queda por vivir, de la tierra hacia el sol.

La vida pone su fuerza en sus semillas, tan suyas.

Luego, se abre en su crecimiento, en las flores y las semillas nuevas que son como aquella primera, sembrada en la tierra; ¡cómo se multiplica la vida!; ya no es una ni dos, ni tres; hay tantas, como si la vida se entusiasmase en su crecimiento, y ahora quiere abrirse más aún.

Contemplo el camino del crecimiento; parece largo, pero si uno se descuida, ya ve los frutos maduros; si se descuida aún más, ve a los hijos que nacen de las semillas apuradas; es que el viento las lleva a esa tierra que las asume; y si hay lugar para ellas, siguen creciendo.

Quiero ver ese camino de la vida, mientras hay que enfrentar los primeros peligros, donde dominan los que son fuertes; a la vez, hay que soportar los vientos y las tormentas; cuántas veces, la vida se queda indefensa y aún se entrega, a pesar de que no quisiese hacerlo.

Quiero ver el camino del crecimiento en paciencia, ante el sol, cuando abunda el agua o hace falta de ella, en una tierra que es buena o en la que no puede alimentar; sin embargo, la vida sigue esforzándose hasta el último respiro, y no se entrega; pero si lo hace, es porque no encuentra ninguna posibilidad para vivir.

Deseo contemplar el crecimiento que va madurando, cuando se inclinan las espigas más pesadas, luego, torcidas por el sol

cada vez más fuerte; van tostándose cada vez más, hasta que logren a madurar, pasando por ese horno del cielo.

Si no llegasen a madurar, ¿qué pasaría con la vida?

A veces, solemos cortar las flores y las semillas verdes de las malezas; así evitamos que crezcan al año siguiente.

¿Qué pasará con la vida, si las semillas no logran madurar?; es lo que quisiese saber, mientras contemplo tanta vida de los hombres, también la de los cristianos.

El mundo podría ir deteriorándose en la vida; es porque las semillas no logran madurar, no aseguran nuevas vidas, y las vidas muy cansadas no dan buenos frutos ni buenas semillas; entonces, las nuevas se decaen cada vez más; lo suele ver el hombre de hoy; y si lo ve, se aflige, al pensar en el futuro.

Ciertos pensamientos nos afligen, pero vienen otros que nos abren a la luz y a la vida; a pesar de la realidad que vive el hombre, el mismo trata de abrir sus ojos frente a la vida que le llega, porque no puede quedarse definitivamente en medio de la aflicción del mundo.

La vida logra ser grande; pero viene del Señor que, en esas circunstancias, aparece inmenso; mientras el mundo aún se aflige por la vida, Él se proyecta como la Vida del mundo.

c. ¿CÓMO CRECE JESÚS?

La Vida de Jesús en el mundo es muy misteriosa, siempre por la transformación que viene de los Cielos.

Jesús es el Hijo del Padre, está envuelto en la gracia desde el primer instante de su Vida en la tierra, porque su Madre está plena del Señor.

El Padre se había fijado en su hija predilecta; Ella está en ese lugar, como si fuese su Esposa, por la Vida y la Misión de su Hijo.

La obra del Espíritu es grande desde el primer instante, toda para que crezca el Hijo del Padre en la tierra.

El Hijo nace y crece; es muy grande este acontecimiento.

El mundo está tocado por la gran luz, pero vive en medio de las tinieblas por mucho tiempo; mientras Jesús viene rodeado de los ángeles, no tiene más que un pesebre, pues no hay otro lugar para Él.

¿Cómo vemos el crecimiento de Jesús en el mundo?

Es difícil comprenderlo, pues la Vida del Hijo del Padre y su Crecimiento están envueltos en la Gracia del Espíritu, con la presencia de la Madre tan entregada por la Vida del Hijo; de todos modos, me gustaría ver el Crecimiento de la Semilla que se hace una Vida cada vez más grande, hasta que llegue a madurar; entonces, ¿aún cuántas Semillas lleva la Planta, cuántas nuevas Vidas en el mundo?

Jesús es el Hijo del Padre; Él, desde siempre sigue creciendo en medio del mundo que asume su Vida.

Este Jesús seguirá llenando la tierra con su Vida; si se puede decir así, llega a ser una planta que florece, da sus frutos.

Las Semillas de Jesús, el Hijo del Padre, están sembradas en las vidas, en el mundo; y como son nuevas y fuertes, van renovando la humanidad; si se desgastan por las tierras y por el tiempo, pueden volver a su primera frescura, a su Vida con su primera fuerza, fundada en el Nacimiento del Hijo del Padre, en la Tierra Virgen por siempre.

Es el Camino de los cambios que resurgen en Jesús pleno de Vida, pues Él renueva a la Semilla del mundo, y a la tierra desgastada en el tiempo de los hombres.

Este Camino tuvo su preparación y su comienzo; ahora es del Crecimiento de Jesús; y Él podía hablar del sembrador que esparcía sin cesar, a la vez, veía un árbol que, algún día, podría cubrir a toda la tierra; pues estamos en el Camino de

la transformación de la tierra y del hombre, y del mundo.

El Señor prepara nuestros corazones, para que sean cada vez más sensibles frente a su obra, y la proyecta de tantos modos, que nos hace marear, mientras la vemos.

Imagínense un gran campo, donde hay vidas que crecen, con sus distintos tiempos, distintas formas del crecimiento; todo el campo del mundo está con la Vida de Jesús; toda la Vida sigue partiendo desde la Primera Semilla que el Padre había sembrado en aquel tiempo, por siempre; aún, aquella Primera Vida entra en las vidas, y parece que su Presencia es como tomar cada vez más fuerza en el tiempo del mundo.

Una vez, dijo Jesús a sus discípulos que ellos eran como los sarmientos, mientras Él era la vid que los unía.

Las vidas se renuevan en Él, en la tierra del Señor; a la vez, pueden dar frutos que serán del mismo Jesús.

¡Hasta qué punto nos hace entrar en su Vida que penetra el mundo, cambiando su imagen!; y en esa obra entramos con nuestro espíritu, pero más aún, con Jesús que nos transforma; somos parte de su Vida que sigue creciendo, en el tiempo de la transformación, pues su obra está en el camino hasta que logre realizarse plenamente.

A la vez, Jesús proyecta la gran obra, por medio de las vidas de sus discípulos; ya es el tiempo con buenos vientos, para el crecimiento cada vez más grande.

Él quiere leer los tiempos; lo que no fue tan claro, cuando Él vivía, se iba a aclarar; lo que fue apenas un pequeño brote, con el tiempo, podría seguir creciendo, haciéndose un árbol; en esta realidad, en el mundo, van a quedarse sus discípulos; y lo viven en sus vidas entregadas en la obra de Jesús

Es bueno leer la historia de la humanidad, del mundo y de los hombres, y aún ver a Jesús en todo el tiempo, y la plena

transformación que Él nos trae, mientras está tan insertado en las vidas; a veces, nos cuesta ver a Jesús, y es el espacio de su gran obra; con el tiempo, vamos recuperando el sentido de las vidas y de la realidad, pues toda la Vida de Jesús sigue transformando a la humanidad en su interior; si no lo vemos hoy, lo veremos mañana; será el tiempo del redescubrimiento de la presencia de Jesús, mientras Él sigue obrando cada vez más, en el mundo y en nuestras vidas.

Así será hasta el fin; entonces, Él se manifestará plenamente; el mundo y los hombres lo verán con plena claridad; lo que no pueden ver hoy, lo verán por el tiempo que nos espera y más aún; pues será el tiempo de la gran Luz y de la gran Vida en nuestro mundo del Señor.

d. NACE DE NUEVO

Hay que ver a Jesús que recorre el mundo, mientras lleva la Vida por todas partes, pues con tan sólo caminar, siembra la Presencia del Señor por el renacimiento del mundo. Todo se renueva en su Presencia.

El mundo está lleno de la Vida sembrada por Jesús. Los que caminaban con Él, podían verla; y si la buscaban, podían recibirla en abundancia. Él da la paz que atrae la Presencia del Señor; y siembra el amor que nace en un corazón sano, lleno de Vida; entonces, cómo cambia la vida alrededor de Jesús.

De este modo, quiso transformar la vida de sus hermanos, sus seguidores, si lo aceptaban libremente, mientras vencían los obstáculos en sus corazones, asumiendo el camino de la transformación; quiso que ellos hiciesen la misma parte, con Él, en el mundo que tanto necesita de la Presencia del Señor, de su Paz, de su Amor; en ese camino puso a sus discípulos.

Los discípulos podían asumir plenamente su Vida; es que Él les inspiró en el camino; y les dio la Luz y el Agua; aún les acompañó, mientras crecían, porque la transformación de sus vidas precisaba de su atención; en realidad, el Camino que Él había hecho con ellos, es el que hoy, queremos recuperar.

Si queremos recuperar el Gran Camino de Jesús, ante todo, resguardemos su Presencia, pues Él es la Vida plena de Paz y de Amor; aún, debemos partir de Él, Quien está en el mundo, en nuestras vidas, porque sin Él, los esfuerzos sólo cansarían, serían unos cambios forzados por los hombres; y lo que voy diciendo parece tan claro, pues en realidad, cometeríamos un error, al intentar crear una realidad que sería nuestra, pero no la de Jesús.

Lo que nos preocupa más en nuestro tiempo, es recuperar la Vida en la Fuente de Jesús; a la historia le cuesta hallar esta Vida de Jesús; mientras Él es la primera inspiración que nos viene, son muchos que se conforman con alguna imagen o con alguna visión, y no son como los que desean buscar más aún, a Jesús; pero si aún no todos lo buscan, por lo menos, algunos lo hacen; y al encontrarlo, sus vidas pasan por las transformaciones que vienen del Señor; y aún, a esa Vida de Jesús en medio de sus vidas, la van entregando en el mundo; es lo que ocurre en los tiempos de nuestra historia.

Hablamos del Renacimiento de Jesús; es tan importante para todos los tiempos, pues, si Él se pierde en la historia, a la vez, resurge de un modo silencioso, al estar como escondido en el interior de los corazones.

Así es con la Vida que ha prendido; tendrá tiempos difíciles y de ciertos deterioros, a veces, casi se muere, sin embargo, sigue resurgiendo.

Lo que impacta en la Enseñanza de Jesús, es que Él habla de la Semilla que cae en tierra; pero luego Él vuelve insistiendo, y lo hace con mucha frecuencia, aún en la hora de amenazas, de persecuciones; y es como si su Misión se iniciase de un nuevo modo, con su Muerte que sería una apertura a la Vida.

La Vida de Jesús, en algún instante, logra ser una Semilla madura, antes de encontrarse con la tierra; y lo importante comienza con esa siembra particular, con su muerte.

Lo que habíamos experimentado con Jesús, antes de la cruz, si es que tiene su gran valor, es una preparación para la gran hora en su Vida; porque la gran obra de Jesús, recién ahora, entra en la verdadera dimensión.

En fin, si su entrada en el mundo y su Enseñanza tienen tanta importancia, entonces, ¿en qué dimensión nos pone Jesús, al caminar hacia el Gólgota?

Él sigue invitando a sus discípulos a que vayan haciendo ese camino con Él; si no es propiamente en el sentido como Él lo hizo, a la Muerte en la Cruz, ellos lo viven en su interior, al cruzar como si fuese un puente a las nuevas vivencias en medio de la transformación de la Vida, por la renovación de los hombres y del mundo; seguramente, esa transformación es mucho más grande de lo que nos imaginamos; parece que nos queda como un camino abierto del Señor; en ese camino Jesús pone a sus discípulos.

La Vida pasa por el nuevo Nacimiento; después de la Muerte en la Cruz, nuevamente resurge como el anuncio de la gran Resurrección para la Humanidad; y todo es tan grande que parece sólo para soñar; en el mismo camino, Jesús pone a sus discípulos; entonces, ¿adónde nos lleva?

Jesús abre un gran Camino, pues quien entra en él, lo seguirá hasta el fin; y si la vida no nos alcanza, la muerte aún abre

nuevos espacios.

Muchos de los seguidores de Jesús son como si pasasen por su propia muerte para llegar a la Vida aún más grande, al nacer plenamente del Señor; son los que llevan tanta Vida hacia el mundo.

Pienso en los hermanos que vivieron sus días difíciles; pero los superaron felizmente por la gracia del Señor; hoy, ya son signos de la Vida del Señor, y la transmiten con tanta fuerza que hasta nos asombran; no obstante, esas vidas son como encaminadas a lo que experimentó Jesús crucificado, antes de llegar a su Resurrección.

¿En qué lugar nos pone Jesús, por la obra que su Padre le había encomendado?; mientras tanto, el Espíritu del Señor ya guía nuestras vidas, y lo percibimos con plena claridad.

4. LA COSECHA

a. LA CIZAÑA HASTA EL FIN

Los servidores avisaron al dueño que había malezas en el campo de trigo; pero Él les prohibió terminantemente que las arrancasen; ellos se sorprendieron por su actitud; es que sólo les dijo que, al arrancar las malezas, afectarían el trigo; había que esperar hasta la cosecha y recién entonces, separar el trigo de las malezas.

Es un hecho de mucha sabiduría en el Evangelio; nos abre a la perspectiva de la obra del Señor, en medio de los cambios por los cuales pasan el mundo y el hombre, hasta que lleguen a lo que el Señor tiene proyectado desde siempre.

¿Qué lugar tiene la maldad, mientras vivimos en el mundo?; y está tan integrada a la vida.

El Señor prepara el campo de la vida, para sembrar la buena semilla; pero mientras ella crece, hay espacios para sembrar otras semillas en las noches del hombre y del mundo.

Estamos en medio de los dos mundos, y no estamos exentos de las influencias del mundo del mal; está noción quizás, no nos pasa por la mente ni por el corazón, pero es así.

Al ver que estamos en medio de los mundos con sus fuertes tendencias, y que no podemos aislarnos ni encerrarnos ante las influencias que nos llegan, comprendemos mejor el lugar donde estamos y las realidades que nos tocan vivir; a cuántas de ellas no las queremos ver, pero igual están en la vida; y si les dejamos un espacio, encontrarán el lugar para sembrarse, para brotar y crecer casi a escondidas, aprovechándose de la tierra para lograr su crecimiento; y ese día de ver la realidad, aún nos asombramos y nos asustamos de nosotros mismos.

Parece que los dos mundos, del bien y del mal, están como confundidos y el hombre en medio de los dos: de ese modo, se enfrentan y él no puede aislarse de ese movimiento de la vida; no obstante, aún en medio de las influencias, se aclara cada vez más, la presencia del Señor; si nuestra vida no lo halla y no se apoya en Él, se va hundiendo cada vez más, en medio de las fuerzas que están en el mundo.

El hombre no puede estar ajeno por lo que pasa en él; es que los dos mundos llegan a su corazón, como las semillas a la tierra; y no bien llegan, tratan de afianzarse con sus raíces. Quien prende primero es más fuerte; quien crece más rápido, ahoga la vida del otro; en medio de este gran movimiento, el hombre lucha en todo el tiempo de su vida.

Si bien, los mundos del bien y del mal, están por encima del hombre, muy superiores, a la vez, actúan como si el hombre fuese el centro de la batalla; y la lucha se va a desarrollar en el corazón del mundo y del hombre; es como uno de los dos debiese ganar o perder definitivamente, porque los dos llegan al corazón para crecer, y nadie quiere ser vencido ni desea morir.

¿Cuál es la misión del hombre en el mundo?

Quizás, ir superándose en muchas cosas propias de su ser, al volver a sus principios, como el Señor lo había proyectado; es un camino arduo; es como si el hombre lo eligiese antes de llegar a la tierra, como si buscase el lugar donde el Señor lo sembrase; y también a su tierra, a ésa buena o la de peor calidad, donde nace, crece y se enfrenta.

Es el camino de ir superándose por la gracia del Señor; por eso, todo tiene su valor en medio de las superaciones, hasta que llegue donde debe llegar, mientras enfrenta las vivencias que lo sorprenden y hasta asustan.

Hay cosas que están a favor de nuestra vida y otras, como si estuviesen contra nosotros; aparecen en los momentos menos oportunos, y la vida debe enfrentarlas de algún modo; una vez las vencemos con cierta facilidad, pero otras veces, van creciendo a la par de nuestra vida; y alguna vez, nos debilitan y nos vencen; es tan inexplicable el pleno desarrollo de los enfrentamientos que debemos pasar, no obstante, tienen su sentido en el camino de la vida que debe superarse; y cuando lo pasemos, nos comprenderemos un poco mejor.

Así será, quizás, en todo el tiempo, porque la vida en la tierra tiene ese sentido, y siempre nos sorprende, cuando entramos en nuevos enfrentamientos; y mientras tanto, se va calmando como el agua, y aparece la nueva realidad.

Quien no lo asume, sólo se rebela; y quien se desespera, se va entregando; pero la realidad nos llega para enfrentarla; una vez, tan sólo sufrimos sin resolverla, al aceptar lo que nos toca vivir; y otras veces, estamos mejor preparados para poder vencerla, en el camino de nuestra superación.

Es importante, en el camino de la vida, aferrarnos al Señor, pues Él es el sostén, en medio de las luchas que pasamos; sin Él, nos perderíamos en medio de las corrientes, aún sin saber a dónde conducen en los caminos abiertos, casi sin destinos; es tan importante unirnos al Señor; por eso, Jesús está muy cerca, en medio de las vidas; si Él no estuviese, ¿a dónde llegaríamos?

En esa actitud de aferrarnos al Señor, quizás, por un tiempo, nos sentimos como aquellos que, en plena mar encuentran un ancla; mientras nos aferramos a Él, las olas aún nos mueven; y es cierto que, en esas circunstancias, al estar con Él, hasta podemos sentirnos más seguros, a pesar del mar en pleno movimiento.

Por alguna razón, el Señor está cerca y no permite que se pierda su creación; Él vigila la vida en los enfrentamientos, antes de que el hombre pierda su última esperanza; pues cada vida tiene la oportunidad de sentirse salvada por el Señor, cuando lucha para sostenerse en medio de mundo.

b. CAMBIA EL CORAZÓN

¿Cuánto tiempo de luchas, de esfuerzos, hasta que el Señor nos permita superarnos?; si es que Él siembra sólo la buena semilla, la vida del hombre va asumiendo otras vidas, casi inconscientemente; así vive en medio de sus luchas, hasta que llegue a la última, y que alcance la cosecha.

La vida entra en el camino de ciertas aperturas, pero a la vez, debe expresarse en medio de la realidad que nos condiciona, nos frena y encierra; aún, al hablar de las familias y de los padres que nos transmiten los valores, al mismo tiempo, nos tocan las vivencias que nos limitan; y si no son superadas, crean otra clase de esclavitudes, de ataduras, llevándonos por el camino que vamos recorriendo, comprometiéndonos en medio de las actitudes que nos cuesta comprenderlas; es que cada actitud no superada, crea otras, aún más fuertes; es lo que nos cuesta ver, pero de veras, es así.

El hombre se ve muy poco en sus actitudes; si vive en medio de su esclavitud, no se comprende a sí mismo; y al no poder resolver su realidad, se rebela, se juzga y se culpa; aún vive el estado de incompreensión que lo lleva a hundirse aún más; y si Jesús no lo sostuviese, ¿a dónde llegaría?

¿Por qué le cuesta al hombre, en ese tiempo de su vida?; es que ve sólo el camino que lo lleva donde no quiere seguir y la realidad parece más fuerte que él mismo; y si se apoya en Jesús, aún no ve los cambios que esperaría; y para comenzar,

quizás, necesita un poco de paz, u oír desde Jesús, que no se culpe más.

Parece como si Jesús tuviese cierta dificultad de poder estar en medio de las debilidades y confusiones que sufrimos; es como si no pudiese ver un modo para sostenernos; pues, si la vida tuviese su fuerza, la realidad tomaría su propio vuelo; no obstante, Jesús está por ese tiempo de la vida; y tan sólo nos parece que Él no puede resolverla; aún hay que esperar, y como no somos pacientes, la espera es incómoda.

¡Qué difícil es llevar la vida, cuando las raíces del mal ya afectan hondamente el corazón, y la debilidad cubre la tierra, aún trastornando a nuestro ser, invadiéndonos!

¡Qué difícil es que cambie la vida en esas circunstancias!; sin embargo, por esa realidad, Jesús viene a las vidas; y Él ya está en ellas, a pesar de que nos cuesta entender su presencia en medio de nosotros.

Hay tantas maneras, tantos modos en la obra del Señor; y Él siempre nos sorprende, porque su modo de obrar supera la comprensión limitada.

Alguien, aún se podría imaginar a Jesús arrancar todo en el corazón, para poder prender una nueva vida, destrozando el corazón por dentro, haciéndole sangrar; pero aún, podría ser como el tiempo de la paciencia infinita; y Jesús viviría como sembrándose en la vida, apenas en un pequeño espacio, aún, esperándonos.

¿Vendrá el tiempo del enfrentamiento en medio de la vida?; seguramente sí; mientras se afianza la Vida de Jesús, se van preparando las fuerzas, y Él sigue creciendo hasta que nos enfrentemos en nuestro corazón. Siempre sería una lucha entre el bien y el mal; pero eso suele ocurrir a la hora justa y Jesús, fortalecido en nuestro interior, ya está arraigado para

poder enfrentar las vivencias; pues Él llega con su poder a lo más profundo del corazón.

¿Cuánto tiempo tarda Jesús, hasta llegar a lo más hondo del interior, y que crezca, cuando las malezas siguen creciendo?; a lo mejor, su Presencia inquieta las otras vidas del corazón y presienten el enfrentamiento que está por venir; quizás, el cambio se presiente muy violento o como un paso, mientras Jesús crece y otras vidas se retiran; pues, cuando Él vence el corazón, toda la Vida toma el rumbo en medio de un nuevo crecimiento que viene de los Cielos.

Entonces, la vida será como crecer en la tierra del Señor; es la que nace en la fuente hacia la luz; no es que no necesite enfrentar los vientos ni las tormentas, pues éstos existirán hasta el fin; no obstante, si nuestro corazón ya está sano, las tormentas que nos sacuden son distintas, hasta podrían servir para un fortalecimiento de la vida.

¿Cuánto tiempo necesita Jesús aún, hasta que logre vencer el corazón, y aún se afiance su Vida, y que Él sostenga el pleno dominio del Señor en medio de nosotros?

Será el tiempo de experimentar su obra cada vez más grande; aún, hay que vivirla en el corazón; es que el Señor es tan misterioso en cada vida humana, tan particular.

Es cierto también que, si Él vence nuestra vida, a la vez, nos pone en el camino de ir vencéndola día tras día, en medio de las luchas que nos esperan hasta el fin; porque la vida se va definiendo poco a poco, y no hay cosas resueltas de una vez para siempre; si están resueltas, aparecen otras para seguir enfrentándolas; al vencer la oscuridad del corazón, seguimos luchando por el corazón puro; y recién entonces, la vida se transforma en una gracia de verdad.

Cuando el corazón está sano, y es del Señor, sigue buscando la Vida que se hace cada vez más grande, mientras enfrenta su realidad y la del mundo; porque el Señor, de ese modo, es como más fuerte en el mundo; y si una vez, necesita nacer en Belén, otras veces, crece en nuestras vidas; así su Presencia es aún más grande.

c. AL LLEVAR LA PRESENCIA

¿Qué sentido tiene la vida, mientras camina por la tierra?; si es que crece, aún sigue transformándose, mientras que, con su presencia cambia el mundo y la tierra, con lo que es en su interior; el valor de su espíritu sigue impregnando el mundo, transformándolo, en medio del Proyecto del Señor.

En cada paso, vamos sembrando de lo que somos, de lo que queremos ser y de lo que el Señor nos inspira; nuestra vida sigue abriéndose como una siembra, entregándose a la tierra, a los hombres, sin hablar ni pregonar, con lo que somos.

Si el corazón sigue transformándose por lo que es el Señor en medio de las vidas, ¿hasta qué punto, alcanza en ese camino de la transformación del mundo y de los hombres? Sospecho que nos cuesta ver su gran alcance, y nos cuesta imaginarnos, porque nuestra visión es limitada, vemos muy poco, casi nada de la grandeza de la Vida que se enfrenta con el mundo y los hombres, pero viene del Señor.

La vida en el mundo, es como una semilla sembrada por el Señor; y ahora, le toca crecer, para seguir llenando el mundo con Vida, mientras se hace más grande y ocupa cada vez más espacio; quien no lo ve, es porque aún no puede ver; es que es muy grande la vida del hombre, que crece en el mundo por lo que el Señor ha proyectado, y aún más allá de nuestra realización; es que nos realizamos, mientras la vida se abre

para el mundo del Señor, en el camino de la transformación del mundo y de los hombres.

Seguramente, sabemos muy poco de la vida, apenas intuimos la gran Obra del Señor que sigue realizándose por medio de una vida encarnada en el mundo.

El espíritu es muy grande, mientras sigue transformando la realidad humana; él actúa según los principios de la vida, aún más allá de nuestra comprensión.

Aún deseo volver a lo que podría ser nuestro espíritu, grande en sus principios, transformado por el Señor; aún, ¿adónde Jesús nos lleva en su obra, en la transformación proyectada en el tiempo del Señor?; si es que se injerta en la vida, la misma empieza a expresarse como su Vida, en las actitudes que nos llegan de Él.

Hay que asegurarse a que prenda el Injerto; si toma la fuerza para crecer en nosotros, nos llevará por el camino de la gran transformación y de los cambios en el tiempo del Señor; y si nos cuesta imaginarnos a dónde nos lleva la transformación promovida por Jesús, es que supera lo que el hombre podría ver.

Jesús aún sigue injertándose; el mundo y los hombres lo van asumiendo; y las vidas están por la transformación que Él había iniciado; hoy su obra sigue su ritmo, aún acelerada, se enfrenta más aún; en la misión vienen aquellos que le habían entregado sus vidas, las que Él ha llevado según su Imagen y sus principios, para poder comprometerlas en el mundo de las transformaciones; y todas vienen de Jesús.

Justamente, las vidas entregadas, las de Jesús, están más aún, en medio de la maldad y de la perversión que viven el mundo y los hombres; de este modo, Él puede llegar aún más hondo

al mundo, hundiéndose en la oscuridad humana; es por la salvación que nos ofrece Jesús en nuestro tiempo.

Las grandes vidas se comprometen aún más, donde domina la maldad y la debilidad; son esas vidas que Jesús privilegia con su predilección; pues si pasaron por las debilidades antes de que Él los enfrentase y venciese en su interior, hoy ya se identifican con Jesús y Él las pone ante los débiles y aún perdidos; así ayudan a prender la Vida en los hermanos, aún en medio de las vivencias muy tristes y desesperantes.

Esas vidas deben ser sembradas en medio de las malezas; de este modo, el Señor viene y se queda cerca de aquellos que lo necesitan; y crecerán en esa tierra hasta el fin, hasta que Él las necesite; será un tiempo difícil, para ellas, no obstante, para esa hora, el Señor las ha elegido.

Aún pregunto: ¿en qué lugar nos pone el Señor, en qué obra?

Cada vez más, contemplo la Semilla que nace de la Virgen en el mundo; hoy, es el Árbol; aún veo a Jesús que se injerta, para que la Vida sea más grande aún; es lo que Él quiere, que lo vea en mi vida, por la misión que va encomendándose ante el mundo tan adverso al Señor.

Es que el mundo lleva el corazón que podría abrirse para el Señor; mientras tanto, las vidas entregadas a Jesús, siguen entregándose por el mundo y los hombres.

Agradezco al Señor por permitirme vivir estas reflexiones en el tiempo del Nacimiento de Jesús; es un tiempo de la gracia del Señor; es como apenas empezar por el Pesebre, mientras sueño en llenar el mundo con la Vida de Jesús, desde mi corazón tan pobre.

Prefacio	3
1. El Sembrador salió a sembrar	5
a. ¿cómo asume a la semilla?	5
b. sembraba por todas partes	8
2. El oasis del mundo entero	15
a. hacia el desierto	15
b. la tierra pura del Señor	18
c. por un gran Jesús	20
3. Si el grano de trigo no muere	25
a. a preparar la tierra	25
b. el crecimiento	27
c. ¿cómo crece Jesús?	29
d. nace de nuevo	32
4. La cosecha	37
a. la cizaña hasta el fin	37
b. cambia el corazón	40
c. al llevar la Presencia	43

